

ACERCA DE LA VISION DE LOS INTELECTUALES SOBRE LO CLASICO

I.—Visión del Humanismo

Heidegger ha dicho: «Se comprende bajo el nombre de Humanismo, en general, el empeño de que el hombre sea libre y encuentre en ello su dignidad. Después el Humanismo se divide según el concepto de la libertad y de la naturaleza del hombre... De este modo se puede distinguir el camino que lleve a su realización. Para Marx el hombre es «humano si se realiza en el y dentro del orden social». El Cristianismo ve en la Humanidad del hombre, un ser elevado a la dignidad de Hijo de Dios que recibe y acepta esta llamada de Dios y responde a ella. En este sentido es el Cristianismo también humanista o humano. En el Renacimiento y en la Aufklärung-Winckelmann, Goethe, Schiller, el «studium humanitatis» que siempre escolta una posición humanista, se fija propiamente en una visión de la antigüedad y en una resurrección de lo puramente romano o griego. Efectivamente, en Roma están las raíces del humanismo: es un epifenómeno específicamente romano que surge del encuentro de Roma con la última evolución del pensamiento helénico. El Renacimiento vuelve a esta visión de Roma acerca del humanismo.»

He aquí en rápida pero certera visión la ojeada histórica que lanza Heidegger en torno al problema del Humanismo. Él se pronuncia porque el humanismo no sea otra cosa que el encuentro del «hombre consigo mismo». Es decir una como «reversión sobre su misma esencia» (Platons Lehre von der Wahrheit mit einem Brief über den Humanismus. Berna, 1947; pág. 95).

Nuestra época es demasiado antisagrada, parece sentir el horror

de inmolarse en aras de «un Dios desconocido». He aquí, por qué el Humanismo heideggeriano, que ciertamente no tiene nada que ver con la concepción de la era renacentista, ni siquiera con la visión de Rousseau un tanto bonachona y simplista del hombre, es, como diríamos, un humanismo de «rara especie», un humanismo en el que ni aun se ha tenido el arresto necesario para desglosar al hombre de Dios, como por ejemplo, en la visión del Humanismo ateo, ni el valor de acercarlo a la concepción teístico-humana del Cristianismo. Es, decíamos, un Humanismo de «rara especie» considerando al hombre como un ser ex-sistente que debe acorralarse en su propia esencia que es precisamente ese EX-SISTIR.

Estas ideas, que no comparten todos, pueden verse en los resultados de la reunión que bajo el título de «Humanismo» se tuvo en Ginebra en el año 1949. Allí se pidió y se obtuvo la muerte del «viejo humanismo liberal». Estaban presentes teólogos como el dominico francés Maydiou, alma de los más activos movimientos católicos; protestantes como el profesor de Teología K. Barth de la Universidad de Basilea; algún comunista como Lefèvre, de la Universidad de París; historiadores como K. Jaspers; orientalistas, biólogos, y, hasta como rara muestra de la especie, un evolucionista... Evidentemente en tanta diversidad de pareceres fué imposible llegar a ponerse de acuerdo en la delimitación de los «caracteres positivos en que debía asentarse el nuevo Humanismo». Sin embargo, leyendo estos «Rencontres» de Ginebra, tiene uno la pequeña impresión que sólo dos campos sabían dónde dirigir sus impactos con la seguridad de saber a qué atenerse: el campo comunista y el católico. Lefèvre, con sus delicadas maneras de intelectual francés, pero con un cerrado dogmatismo de partido, invitó a que todos los hombres se debían conjugar en la lucha *noble* por el «poder totalizador de los intereses comunistas». El católico me recuerda aquella palabra del Salmo: «Sicut Mons Sion»; no se aturde y ofrece la seguridad más amplia propia del hombre que sabe dónde pisar; habla con entera libertad de la esencia del hombre —ese ser «religado» fundamentalmente a Dios—, del mensaje de Cristo ultratemporal y eterno, de las innovaciones de los métodos de apostolado para ir en busca de la «oveja perdida» y que quizás nos deja callados ante nuestros púlpitos desiertos»...

El Padre De Lubac ha diseñado con toda perfección la imagen

desintegradora que ofrece el Humanismo ateo en su triple faceta: alemán, a lo Nietzsche o lo Feuerbach; francés, ajustado a las máximas positivistas de Comte; o ruso, siguiendo los esquemas de Dostoyevski. Feuerbach dirá que Dios es una proyección imaginaria de nuestros más íntimos sueños de grandeza; Nietzsche, ese nuevo Luciano, dirá que «Dios ha muerto» y tratará de explicar el fenómeno y el hecho; propondrá su imagen del Super-Hombre que tiene tanto de infrahumano. Para Comte, el más perfecto humanista es el hombre que se consagra a esa religión que él instituyó como un burlesco remedo de la liturgia y la creencia dogmática del Catolicismo: «sabios del sabor positivo serán los nuevos sacerdotes y pontífices de la Nueva Humanidad».

Dostoyevski sentía la muerte de Dios y anticipa en todos los personajes de sus novelas la quiebra del ateísmo. Dios triunfará de nuevo traído de la mano por la experiencia «directa y personal» de la eternidad. Dostoyevski, que estuvo tan cerca de la muerte durante toda su vida, será como un mensaje de ultratumba. De Lubac ha estudiado los actores de este drama con toda la finura de un psicólogo y del alma impregnada de creencias de un sacerdote. Ha señalado los fallos y locuras de este hipnotismo que produjeron estos hombres en la concepción del hombre moderno. Evidentemente, sin quererlo o queriendo, nuestro mundo vive de muchos de los presupuestos que lanzaron estos filósofos. El racismo alemán o el más depurado pero no menos bestial americano, ¿no es acaso una réplica de la concepción nietzscheana? ¿El mismo Comte no podría encontrar en tantos sacerdotes de la materia a sus más esforzados hijos?

Pero... se abre una esperanza y es que el mundo no está satisfecho de su propia conquista. Se anhela una nueva concepción y ello abre el arco de la esperanza. En España las cosas no están así, gracias a Dios. Tal vez porque a nosotros las cosas nos llegan muy tamizadas, tal vez porque el hondo sentido de nuestra religiosidad nos dota de una especie de «instinto teológico». Sin embargo, creo que no podemos dormirnos, ya que tarde o temprano el problema se nos ha de plantear. Hemos de tener afilada la lanza que nos pueda otorgar la victoria. Misión de los intelectuales católicos sería la de ir formando esa concepción de lo humano y de lo divino, ya que siempre el problema se ha de dirimir en torno a estos dos polos: DIOS-HOMBRE.

El intelectual católico siente hoy lo hondo de estas cuestiones. Muchas fórmulas resultan empolvadas o hasta inútiles. Se habla de acoplamientos, de nuevos estilos. Yo me he preguntado en muchas ocasiones: ¿nuestro mayor acoplamiento no consistiría en una auténtica recreación de los valores más profundos de nuestra conciencia HUMANO-CRISTIANA? Pero, ¿hasta qué punto son o serán compaginables hombre y Dios? ¿Podemos hablar de un humanismo cristiano, como ha propugnado Maritain, o sería tal vez más justo hablar de UN DIVINISMO en el que se integre el Hombre? Esta postura es, por ejemplo, la propugnada por Paniker y por Leopoldo Palacios, dos de los intelectuales católicos españoles de más profunda influencia. Conocida es la polémica debatida entre E. Guerrero S. I. y Paniker sobre este tema. Personalmente ¿qué diríamos?. Evidentemente la postura de Guerrero está más de lleno en la objetividad y en la verdad, pero no por eso debemos de olvidar algunas de las observaciones que formula Paniker. Dice que todo humanismo en el fondo debe ser ateo y por eso no es posible un humanismo cristiano, donde el hombre sea y ocupe el centro que corresponde a Dios. Esto a todas luces es injusto. Precisamente a medida que somos más hombres, a medida que nos «hombreicemos» más, nos acercaremos a la idea de Dios sobre nosotros. Quizás en todo esto no haya sino una «quaestio de verbis» pero que, gracias a Dios, puede servirnos de pauta para compulsar que los problemas que se debaten en España andan muy lejos de las tesis que se defienden vg. en Ginebra, con ocasión de un «Rencontre» internacional. España, país de teólogos y de finuras y en el que, en frase de Unamuno, «hasta los ateos son católicos», está un tanto alejada de los paroxismos de una civilización que no sabe dónde apuntalar la mole de sus propias conquistas. MELIORA VIDENTUR!!!

Quizás sea ya demasiado largo, pero el tema era tentador. Paso ahora a la segunda parte del trabajo.

II.—Juicio y valor de la Cultura Clásica

Me voy a limitar al problema en el ámbito de España, aunque haya alguna llamada más allá de las fronteras. Tenemos, lo acabamos de ver, una concepción justa del «hombre» y de su misión.

Ahora nos preguntamos ¿hasta qué punto el clasicismo nos puede ayudar a «humanizarnos»? He aquí el problema. Clasicismo nos viene por Roma y Grecia. ¿El ideal humano de estos dos pilares de la civilización occidental es justo y «operante»?

a) *El estudio del latín y del griego como vía y aprendizaje.* En la Universidad la distribución de asignaturas es bastante distinta de la que hacemos nosotros en el Seminario. Hay dos secciones, clásicas y románicas, que, aparte de los dos años comunes previos a toda especialidad, se ocupan de las materias que vemos nosotros en la parte humanística de formación.

De pasada diré que en Comunes se dan *dos cursos de latín* (sintaxis y traducción de César, Cicerón, Virgilio y Horacio), *dos de griego* (Jenofonte, algún Santo Padre, Platón, amén de la Morfología y Sintaxis); un curso de Literatura española y otro de Literatura Universal, fundamentos de filosofía y la historia de los sistemas filosóficos; Geografía General y Geografía de España. Terminados estos dos primeros cursos, el alumno escoge una de las ocho secciones de que se compone el período de especialización para la Licenciatura.

Pasemos a la especialización de Clásicas que nos toca más de cerca para el tema que vamos tratando.

En el año primero se ve: Lingüística indoeuropea; Filología latina; Filología griega; Geografía de la Antigüedad; Historia Universal del mundo antiguo. En segundo: Filología latina; Explicación de textos latinos; Filología griega; Historia de la España antigua; Arqueología greco-romana; Epigrafía clásica; Historia de la Filosofía antigua; Latín Vulgar. En el tercer curso: Filología latina; Filología griega; Historia de la lengua española; Paleografía y crítica textual; Arqueología clásica, segundo curso; Instituciones jurídicas greco-romanas para el estudio de los oradores; Historia del humanismo español.

La Filología latina abarca las siguientes materias: prosa clásica, poesía augustea, fonética y semántica, latín preclásico, imperial y nacional. La Filología griega abarca lo siguiente: dialecto homérico; período de las guerras Médicas; fonética; morfología y sintaxis en los textos clásicos hasta Alejandro Magno; métrica y textos poéticos (Píndaro, trágicos y dramaturgos); período alejandrino y helenístico romano.

Si se fijan, la Filología forma el plato fuerte de los estudios clásicos, aunque no se ha descuidado el ambiente histórico - cultural en toda su amplitud. La ordenación de las materias está hecha y basada en la organización alemana que suele ser tenida por la más competente.

Comprenderán fácilmente dos cosas: 1) la perspectiva es siempre científica; 2) no interesa *tanto* el aspecto puramente «estético» ni el «práctico» de los clásicos. Para nosotros clérigos, la cuestión tiene una orientación más práctica; hemos de *hablar* latín para poder *entender* las tesis de filosofía y teología, y además se nos ha enseñado que en el clasicismo se encuentran los pilares más hondos del humanismo universal. Ni el intelectual español ni el europeo tienen estas «metas». Tengo ante mis ojos el artículo de Antonio Fontán, Catedrático de griego y latín y una de las personas más destacadas en estas materias, publicado en «Arbor» n.º 54. pp. 215-221. En este artículo se hace una crítica exhaustiva sobre el estudio de lo clásico y del que yo he tomado abundantes citas.

Quiero dejar subrayado una sola cosa: en la Universidad, el estudio del latín y griego posee un carácter *eminente científico y positivo*. Pero pasemos al segundo apartado:

b) *¿Valor formativo de los clásicos?*

En general el intelectual español ni se hace problema de este punto. Grecia y Roma son dos fenómenos dentro de la Historia del Hombre que están ahí y nada más. Antonio Fontán es una excepción dentro del tema. Veán si gustan el artículo que citaba más arriba y que a mi juicio ha recogido el sentir de muchos y de los mejores sobre la cuestión que venimos tratando. Fontán admira evidentemente el valor formativo de lo latino y de lo heleno, considerándolo como el cimiento de nuestra civilización europea y occidental. Pone una restricción: es bueno, pero no único, el fruto que podemos sacar del estudio de lo clásico. «Por limitarnos a la literatura, dice, los nombres de Cervantes, Lope, Goethe, Shakespeare o Dante son tan fundamentales como los de Virgilio, Sófocles o Cicerón, para la formación del Hombre moderno» (Art. cit., p. 219). Unas líneas más abajo: «Así el concepto de Humanidades no está ligado exclusivamente a las lenguas y literaturas de los Grecolati-

nos, sino que por el contrario, debe corresponder a la lengua y literatura nacional ese papel que antes desempeñaban las lenguas antiguas». Fontán, no lo olvidemos, es un erudito en latín y griego, cuyas lenguas posee a la perfección. Razona su posición diciendo que «si bien en el siglo XVI se dió en nuestra patria y en el mundo una mayor importancia a los estudios clásicos, fué ello debido a que quizás entonces el hombre del XVI no tenía ni poseía un pasado nacional tan rico y tan afín a nuestros sentimientos como el que poseemos nosotros». EL DESIDERATUM MAXIMUM sería que el latín y el griego nos llevaran al más concienzudo conocimiento de nuestro propio espíritu nacional o Europeo y que se ha considerado un tanto apriorísticamente estas cuestiones de la formación clásica. He aquí por qué la importancia concedida a la filología en el cuadro distribuidor de la carrera universitaria: «el latín y el griego son lenguas muertas y la filología es la ciencia moderna que pretende auscultar científicamente el palpitar que quede aún de lo clásico». Añade Fontán que sin duda ninguna «Erasmus, Mexias, Moore, Petrarca, Vives o cualquiera de los humanistas del Renacimiento, los que sin duda han sabido captar mejor que nadie el espíritu de lo clásico, se replantearon el problema no como una captación imitativo-exhaustiva, sino bajo el exponente de una asimilación». Estas son las ideas que comparten profesores alemanes como Werner, Jaeger, Burkhardt, Ruedigger o Ruegg. Defienden sus posiciones diciendo que han elevado así el conocimiento del Lacio o de la Hélade más en 50 años que lo consiguieron los «humanistas» en varios siglos. El conocimiento del latín o de los dialectos griegos, oigo cada día, es tan importante como un descubrimiento arqueológico. Se apoyan en la tesis de Menéndez y Pelayo y en la más aún rigidez de M. Pidal que son totalmente inclinadas al lado del filologismo.

El joven que, después de tres años de especialidad, se prepara para sacar su licenciatura en clásicas, tengo la seguridad que no se ha emocionado con el proceso de Milón ni ha «llorado» con las desventuras de Penélope. Hará durante cuatro horas un paciente trabajo sobre un tema filológico, para el que le facilitarán todo el material bibliográfico que pida; luego le pondrán ante un texto griego de cualquier época o autor, sin decirle absolutamente de qué se trata y el alumno deberá por los caracteres sacar el período, etc. Le harán lo mismo con otro latino. Por último, durante tres cuartos de

hora y un examen oral, le podrán preguntar sobre alguna de las materias cursadas durante la especialidad.

Pero podemos preguntarnos: ¿es que no se reconoce la supremacía del mundo griego en el orden de los valores del espíritu? ¿Acaso no se ha matado este espíritu encerrándolo en el disecado sudario de tanta filología? Evidentemente parece haberse olvidado que Alejandro llevaba sobre las ancas de Bucéfalo un ejemplar de las obras de Homero, que Roma al helenizarse reconoció la supremacía espiritual de su esclava política. El Imperio de Bizancio depositó cuidadosamente las conquistas que en el orden de los valores espirituales le legaron Roma y más allá Grecia. El Islam vivió y se cimentó espiritualmente sobre la roca eterna de lo clásico. El Renacimiento levantó de nuevo el estandarte del culto a Roma y Grecia, viendo en ellas lo mejor del espíritu humano. El milagro griego denunciado por Winckelmann, Lessing, Max Scheller, Ivan von Mueller, Meyer, Jaeger y Wilcken y tantos otros, ¿se ha descuidado? A mi juicio me parece que un tanto.

Digo un *tanto* porque sería injusto el desatender la crítica que ellos imponen a otros sistemas de enseñanza. Nosotros en concreto creo que no deberíamos desoír las conquistas que ellos han logrado en los campos de la ciencia de la cultura greco-latina.

El hombre de nuestro tiempo necesita hacerse más «humano» y quizás no le vendría mal aprender de la Sofrosine helena o del «cursus» latino. Sin embargo, quizá estemos todos demasiado cargados de metralla para poder entroncar directamente con los ejemplos de la antigüedad clásica. Preguntando a un Huxley nos hablaría de diferencias somáticas, a lo biológico. Otros nos contestarían según los paradigmas de sus propias formaciones. Una sola cosa sacaríamos en claro: que, desde luego, el gusto de la época dista mucho de los modelos de Grecia o de Roma. Que desde la venida de Cristo el mundo giró sobre un eje de valoraciones en un sentido del que antigüedad estuvo privada; que en el horizonte del espíritu empezaron a brillar astros desconocidos. Además, que los nacionalismos, como nos decía Fontán en su artículo, han adquirido en muchas ocasiones una carta de personalidad que sería injusto negarles del todo. Un francés o un español sentimos como algo más próximo a nuestra mentalidad un discurso parlamentario de Mella o una poesía de Claudel, que el ditirambo de una poetisa griega.

Todo esto es cierto, pero queda algo en pie: es la frase del Eclesiástico «nada hay nuevo bajo el sol». Quizá ello nos diera la clave para la solución de muchas cosas. El hombre esencialmente es el mismo desde la caverna a la City, pasando por el clan o la mesnada. Hay sentimientos de tónica universal por estar radicados en el hondón del hombre mismo. Quizás lo exacto fuera buscar en el griego, en el romano, o en el bardo las notas de eternidad que nos sirvieran para este concierto del presente. Buscar el Hombre donde lo encontremos. Desenterrar del polvo de la fórmula el valor humano como tal: quizá será esta la misión del «humanista» moderno. Y el Hombre como tal, no lo olvidemos, está elevado ahora a una misión sobrenatural.

Epílogo

He delineado el sentir de los universitarios y de los intelectuales sobre la formación de los clásicos. Así piensan guiados de la mano por el juicio europeo, especialmente alemán. Es posible que algún día hagamos algo más específicamente europeo; ya veremos. La crisis del Humanismo la emprendió en nuestra patria el mismo R. de Maeztu en su libro de este mismo título y sus ideas son generalmente compartidas hoy por todos. Ese mismo volver a la «res», que pregonan los cuestionarios oficiales de la carrera de Clásicas, lo dicen bien claro. ¿Latín y Griego, Ciencia o Arte? He aquí la cuestión: ¿Acaso no podrían ser ambas cosas a la par? ¿No podríamos ir de la Ciencia al Arte? ¡Ojalá!. Entonces tendríamos conjugados los dos más hermosos valores del espíritu.

MANUEL M.^a SALCEDO, S. J.